

man en el mismo un tesoro de iniquidad, para llegar á aquella divina caridad, que es dulce, que no tiene envidia, que no está hindrada de orgullo, que no se agria, que no hace nada mal á propósito, que no busca sus intereses, etc?... Apresurémonos pues á empobrecer nuestro hombre interior y hacerle renunciar á aquellas riquezas malaventuradas de vicios y pecados que amontonó en su vida primera, y que son del un modo particular las riquezas del alma, que la siguen despues de la muerte para perderla, si no las cercenamos ya en esta vida.

« Como las virtudes que aqui hemos adquirido, y la caridad que es la madre de ellas, llenan de gloria en el cielo al que las ha amado sobre la tierra, de la misma manera los vicios ennegrecen de algun modo, y desfiguran el alma que los ha amado, y la hacen pasar de esta fealdad y deformidad que le causan a una miseria que no tiene fin. El alma no es hermosa ó fea sino á proporcion que está ardornada de virtudes, ó manchada de vicios. Las virtudes por una parte le dan tanto brillo y la hacen tan pura y hermosa, que el Profeta no teme decirle en este estado las siguientes palabras : *El Rey amará tu belleza*; (Psal. 44.) y los vicios, por otra parte, la hacen tan negra y horrible, que, siendo movida á compuncion, y no pudiendo sufrirse á sí misma con su fealdad y miseria, exclama : *Mis llagas están llenas de corrupcion y podredumbre y yo mismo me las he hecho con mi locura*. (Psal. 37.)

« De esta manera, concluye el abad Pafnucio, la primera renunciacion se aplica á las riquezas que nos son estrañas, y no basta para establecernos en la perfeccion. Es necesario que sirva de grada para subir á la segunda, en la que empezamos á renunciar á las desgraciadas riquezas de los vicios que verdaderamente nos pertenecen por la corrupcion de nuestra naturaleza; y hallándonos establecidos en este segundo grado con el destierro de nuestros vicios, pasa-

remos al tercero que levantará nuestro espíritu al cielo, haciéndole ver como una nada y como una vanidad que debe pasar pronto todo lo que en este mundo es temporal y visible. En este dichoso estado es en el que nos será dicho como á Abrahan : *Ven á la tierra que te mostraré* (Gen. 12.)

« Pero esta tierra no se adquiere con los esfuerzos ni con la industria del hombre; porque nuestra salud depende de Dios, quien en un principio por la vocacion divina dice : *Sal de tu tierra*:<sup>1</sup> Y despues, en la más alta perfeccion que consiste en aquella pureza que Dios promete por las siguientes palabras, dice : *Ven á la tierra que yo te mostraré*. »

---

## EL ABAD DANIEL <sup>2</sup>

El abad Daniel era citado entre los más santos religiosos del desierto de Sceté. Pafnucio Búbalo, considerando su humildad extraordinaria y sus demás virtudes, le prefirió á muchos otros de más edad que él, para llevarle al ministerio del diaconado. Y este santo hombre Pafnucio estaba de tal manera lleno de alegría al considerar las virtudes de Daniel, que deseaba con ardor igualárselo en el orden del sacerdocio, creyendo que ya le era igual en gracia y mérito.

No pudo sufrir el verle permanecer más tiempo en un grado y en un ministerio inferior al suyo, y deseando dejar en su persona un sucesor muy digno de ocupar su lugar, le elevó durante su misma vida al orden sacerdotal. Pero Daniel no pudo tampoco en esta ocasion olvidar su profunda humildad : no quiso ejercer ninguna funcion de aquel más elevado ministerio en que le habian puesto, mientras

<sup>1</sup> Casiano.

vivió Pafnucio ; y cuando su santo abad ofrecia á Dios sobre los altares hostias espirituales, él le servia de diácono, y permanecia siempre firme en este grado.

Pero el santo hombre Pafnucio, segun lo dijimos en su vida, se engañó en sus esperanzas ; porque vió morir antes que él al que miraba como destinado á sucederle.

Casiano dice que fué un dia á encontrar al abad Daniel con su fiel compañero el abad German, para saber de él de dónde procedia que cuando estaban en sus celdas sentian algunas veces un fervor tan grande, una alegria tan inefable, luces y conocimientos tan santos y abundantes, y que otras veces se hallaban, sin causa alguna aparente, tan sumidos en una profunda melancolia, que no solamente su espíritu estaba totalmente seco y esteril, sino que su celda les era insoportable, sus lecturas, sin gusto, sus oraciones sin atencion, su espíritu sin aplicacion y completamente extraviado, sin que sus suspiros y esfuerzos pudiesen colocar nuevamente al alma en su asiento ordinario.

Esta pregunta fué la que dió lugar al abad Daniel para hablarles de la guerra de la carne contra el espíritu : « Vuestros padres, les respondió él, nos han enseñado tres causas de estas sequedades del alma ; porque ellas proceden ó de nuestra negligencia, cuando habiendo dado lugar por nuestra falta, á alguna tibieza caemos en la indiferencia y en la relajacion, y en una peréza que hace que habiéndonos llenado de malos pensamientos, hagamos la tierra de nuestro corazon fértil en espinas y abrojos, que privan al alma de los frutos espirituales, y la impiden aplicarse á la oracion ; ó bien proceden de los ataques del demonio, cuando estando algunas veces sériamente aplicados al bien, este espíritu de malicia se introduce artificialmente en nuestra alma y hace que dejemos nuestras mejores resoluciones, ó insensiblemente y sin percibirnos de ello, ó por un tédio que nos separa de ellas á pesar nuestro.

Otras veces estas sequedades proceden de la conducta de Dios, el cual obra así por dos motivos. El uno, á fin de que por esta privacion, la vista que entonces tenemos de nuestra debilidad, nos impida hincharnos de vanidad por los afectos que nos habia dado al visitarnos con su gracia, y para que la esperiencia que hacemos de lo que somos en esta especie de abandono nos dé á conocer que no podemos volver á nuestro primer estado de alegria por nuestros suspiros y por nuestro trabajo sino que no teniéndolo más que por la gracia de Dios, debemos todavia pedirselo y no esperar lo más que de su misericordia.

« La otra razon es que Dios quiere por ahí probar nuestra perseverancia y la firmeza de nuestros deseos. Quiere darnos á conocer á nosotros mismos con qué ardor y perseverancia en la oracion debemos suplicarle la presencia de su espíritu á fin de que habiendo aprendido por esperiencia propia cuánto trabajo cuesta adquirir esta tan pura alegria, procuremos con mayor cuidado y vigilancia conservarla en nosotros, porque ordinariamente es uno más negligente en guardar lo que se cree más fácil de recobrar.

El abad Daniel habla en seguida de la necesidad que tenemos de la gracia y dice : « Que esta nos visita, por más indignos que seamos de ella ; que nos despierta de nuestra somnolencia, nos esclarece en nuestra ceguedad, nos reprende y castiga dulcemente, y se derrama por nuestro corazon para que el movimiento y la saludable compuncion que en él causa, nos haga salir de la languidez y letargo en que nos halláamos. »

Despues de esto muestra la utilidad que podemos sacar de las arideces y sequedades, y de aquella especie de abandono, con que Dios prueba algunas veces á sus siervos. « David, dice él, reconoció tambien que le era tan útil, que no quiso pedir á Dios, que no le abandonase jamás de ninguna manera, lo cual sabia que no era ventajoso ni á él

mismo ni á otro alguno, por perfecto que quisiese ser ; pero solamente le suplica que temple su ausencia cuando le dice: *Señor no me abandoneis enteramente.* (Psal. 118). Y yo sé que frecuentemente lo haceis para el bien de vuestros escogidos á fin de probarlos ; pero el demonio no puede tener entrada en ellos para tentarle, si vos no os retiráis de ellos un poco... Pero la gracia que yo os pido, es que no os retireis del todo de mí, porque cuanto este abandono pasajero que me haceis sufrir al experimentar la fidelidad de mis deseos, « me puede serme provechoso, tanto tambien este entero abandono con que vos podriais castigaz mis pecados, me seria peligroso y mortal. »

Vemos, añade él, en el *Libro de los Jueces*, una figura de esta verdad, en el modo con que Dios exterminó aquellos pueblos enemigos de Israel : y que eran la figura de nuestros enemigos invisibles. Reservó á algunos de ellos *para servir*, dice el sagrado textos, *de instruccion á su pueblo, á fin de que teniendo enemigos se hiciese aguerrido y se acostumbrase á combatir... y para reconocer si obedeceria á las leyes que habia dado á sus padres por medio de su siervo Moisés, o si no lo haria.* (Jud. 3.)

« Dios, pues, reservó estos guerreros á su pueblo, no porque tuviese envidia de su reposo ó fuese llevado de alguna mala voluntad contra él, sino porque sabia que le serian útiles, á fin de que viéndose siempre atacado por aquellas naciones y en continuo peligro, comprendiese que nunca podia prescindir del auxilio de Dios, y que permaneciendo firme en la meditacion de su ley, y en la invocacion de su nombre, no se abandonase á una floja ociosidad, y no dejase nunca el hábito de la guerra ni el ejercicio de la virtud ; porque frecuentemente sucede que la prosperidad hace caer á aquellos á quienes la adversidad no habia podido vencer. »

Tales son las instrucciones que el abad Daniel daba so-

bre los estados de privacion que prueban algunas veces á las almas santas, y sobre las tentaciones con las que permite Dios que seamos atacados. Se vé que cuanto el enemigo de nuestra alma intenta perderla con sus artificios, tanto tambien Dios, que permite que seamos tentados, lo permite para escitar nuestra vigilancia, hacernos sentir la necesidad que tenemos de su auxilio, obligarnos á recurrir á él, y animarnos á combatir. Así la privacion nos hace sentir nuestra propia miseria y nos humilla, lo cual es para nosotros un bien muy grande, y la tentacion nos hace vigilantes, nos obliga á orar, nos hace aguerridos, lo cual no es el menor bien.

Lo restante de la conferencia del abad Daniel, tiende igualmente á probar el fruto que podemos sacar de las tentaciones, por la necesidad en que nos hallamos de velar y combatir á medida que somos más tentados, y que venimos á ser como el teatro de una continua guerra entre la carne y el espíritu. A este propósito explica en algunos capítulos consecutivos, lo que dice San Pablo, que *la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne.* (Galat. 5.), y concluye todo lo que ha dicho con estas palabras, en esta hermosa instruccion :

« Ya pues veis hijos míos, que si estas tentaciones no nos despertaran algunas veces, no trabajaríamos seriamente en animarnos en el fervor de adquirir la perfeccion, y no seríamos exactos en practicar la virtud de la mortificacion y de la templanza. Pero como tenemos en nuestro cuerpo un enemigo que nos humilla y nos ataca sin cesar, esta guerra nos hace mas vigilantes para fortalecernos en el espíritu, y para curarle de aquellos efectos interiores y espirituales que le debilitan y corrompen. » Ahora bien, estos afectos son principalmente la pereza y el orgullo.

Pero no podemos omitir lo que dice este gran solitario en esta misma conferencia contra el estado de tibieza. El

abad German le suplicó que le dijese qué diferencia habia entre el hombre carnal y el hombre animal, y él le respondió que el apóstol San Pablo distinguía en el alma tres diferentes estados. (I. Cor. 2, 3.) El primero es el estado del hombre carnal. El segundo el del hombre animal, y el tercero el del hombre espiritual... Despues, por consiguiente, prosigue él, que hemos sido separados del siglo, y librados de sus desórdenes, debemos procurar pasar lo más pronto posible, por medio de una dichosa violencia, al más levantado de estos tres estados, que es el espiritual: por miedo de que jactándonos de esta remuneracion exterior, ó de este desapego de los vicios groseros, y creyendo por ahí haber subido á lo mas alto de la perfeccion, no lleguemos á ser, por esta falsa persuacion, flojos y negligentes en purificarnos de las otras pasiones que nos quedan. Porque debemos temer que permaneciendo como en un medio entre el estado carnal y el espiritual, no nos levantemos jamás hasta este ultimo, por creer que el primero nos bastaria, y que la separacion exterior de los placeres y de las personas del mundo, junta con quella vida exenta de vicios groseros, bastaria para hacernos perfectos. Así que nos veríamos reducidos á aquel estado de tibieza, que es el más detestable de todos, y solo nos quedaría ser vomitados de la boca de Dios, como nos lo amenaza él mismo con estas palabras: *No eres del todo caliente ni frio; pero porque eres tibio, te vomitaré de mi boca.* (Apoc. 3.)

« Por lo cual debéis advertir que como tenemos incomparablemente más horror á una comida que sale de nuestro estómago que á la que nunca ha estado en él, así tambien las personas á las que Dios, despues de haberlas recibido en las entrañas de su caridad, vomita como un manjar que se arroja con nauseas, caen en un estado peor, por la dificultad que tienen de volver sinceramente á él.

« No pues sin motivo pasan estas personas por las peo-

res de todas; porque un hombre del mundo, un hombre carnal ó pagano, puede más facilmente convertirse á Dios y ser despues perfecto, que aquel que habiendo hecho profesion de la vida solitaria y religiosa, sin cumplir sus deberes, ha dejado apagar en él el fuego de su primer fervor. Al menos el primero tiene esta ventaja de que estos vicios groseros le pueden humillar y mover á compuncion, y que el horror que tiene de su estado le llene despues de celo y le haga correr á lo más elevado de la perfeccion.

« Esto es lo que no se encuentra en el que abusa del nombre de religioso y solitario, y el cual despues de flojos principios, no puede volver á entrar en el fervor que pide su profesion, porque su pereza es como una fiebre lenta que reduce su alma á una languidez tal que no vea por sí mismo nada más de lo que quiera, y que no quiera recibir ni los consejos ni las instrucciones de los demás.

« Él dijo en su corazon, segun está indicado en el Apocalipsis: *Yo soy rico; tengo en abundancia todas las cosas, nada me falta; y tu eres miserable y digno de compasion.* (Apoc. 3.)

Dios dijo despues: *Tu eres pobre, ciego y desnudo.* Hay en este una cosa peor que en un hombre del mundo; porque aquel no sabe que sea miserable, no ve su ceguedad, y no se sonroja de su desnudez. No cree tener necesidad de reforma, ni de los consejos de los demás. Por esto cierra la entrada de su corazon á las amonestaciones que podrian enderezarle, y no comprende siquiera que el nombre de religioso que lleva es lo que redobla su mal, porque la buena opinion que de él se tiene en el mundo como de un siervo de Dios, atrac sobre él un juicio de este mismo Dios más severo y un castigo mayor. »

Finalmente el abad Daniel pronuncia contra los religiosos tibios aquella terrible sentencia cuya verdad está fundada en la esperiencia que de ella habian hecho los ancianos.

nos de la soledad. « Frecuentemente hemos visto en nuestros desiertos, dice, el que paganos y hombres de mundo, de frios y calientes que antes eran se han hecho fervorosos y verdaderamente espirituales ; pero no hemos visto que los que se hallaban en el estado de tibieza y animal se hiciesen perfectos... »

---

### SAN MOISÉS EL ETIOPE <sup>1</sup>

No podemos comenzar mejor la vida de San Moisés que por la piadosa observacion que hace uno de sus historiadores, Bolando. Nadie, dice él, está escluido del reino de los cielos ; ya sea de vil condicion como los esclavos, ó de un natural feroz como los Escitas, ó negro como los Etiopes, ó finalmente insigne pecador, todos son introducidos allí, con tal que de ello se hagan dignos por la santidad de la vida, ó por una sincera penitencia. Esto es lo que se ve admirablemente en San Moisés que fué esclavo, que fué más cruel que un Escita, que era Etiope, que estuvo cargado de pecados y que llegó á ser un célebre penitente <sup>2</sup>.

Su historia es tanto más útil y edificante, cuanto que puede servir de modelo de una perfecta conversion á los más grandes pecadores, ó hacerles inescusables cuando se niegan á convertirse, bajo pretexto de la enormidad de sus

<sup>1</sup> Paladio Casiano; Sozomeno, Los Bolandistas, Tillemont, Cotelier.

<sup>2</sup> Los antiguos llamaban Etiopes á los habitantes de las regiones más meridionales del mundo conocido, y en un sentido mas estricto, á los pueblos de la parte de la Arabia, situada á la orilla del mar Rojo, y de la parte de Africa que se extiende al sud de Egypto, desde las cataratas del Nilo hasta el Delgado. Es probable que San Moisés era de esta última region.

crímenes, de la violencia de las tentaciones y de la fuerza de los malos hábitos. San Moisés tuvo que vencer todo esto, y lo venció todo con la gracia del Señor.

Acabamos de decir que era Etiope, negro por consiguiente como las gentes de aquel ardiente pais <sup>1</sup>, de una talla muy alta, y tan robusto que se hallaba en estado de deshacerse él solo de cuatro hombres, segun veremos en el curso de su historia. Tenia la conciencia todavia más negra que el cuerpo. Al principio fué esclavo de un rico burgués, otros dicen de un magistrado ; y muy lejos de llenar junto á él los deberes de un buen criado, solo mostraba una desdichada inclinacion á toda suerte de vicios, y se portaba como el peor de todos los hombres. La cólera de su amo, y hasta los castigos no le servian, segun parece, sino para hacerle más malo. Finalmente su amo, cansado de no poder obtener nada de su indócil natural, le echó absolutamente de su casa.

El partido que tomó al salir de ella, muestra cuán corruptas eran sus inclinaciones. Hizose jefe de una partida de ladrones y ejerció mil latrocinios. Su fuerza y ferocidad le sirvieron para acumular crímenes que sembraron el terror por todas partes con el odio de su nombre. Uno solo bastará para dar á comprender cuánto en efecto era temido y formidable. Un pastor le habia impedido ya por el ruido que hicieron sus perras, ya por alguna señal que él mismo hizo de ejecutar un mal designio. Llenóse al instante de un tal furor, que le buscó por todas partes para matarle. Supo que estaba á la otra parte del Nilo, y aun cuando el rio estaba desbordado, y tenia más de mil pasos de ancho, púsose sobre la cabeza sus vestidos, su espada entre los dientes y lo atravesó á nado. El pastor que le vió pasar, comprendió que le buscaba á él, y corrió á esconderse en una cueva. No encontrándole Moisés, se vengó con su rebaño. Mató cuatro de sus mejores carneros, atólos, y volvió á pa-